



Por Pedro Laín Entralgo  
(De la Real Academia Española)

## Carta a Sánchez-Albornoz (II)

ES bien seguro que, si por fortuna aún viviese, Américo Castro consideraría abusivamente amputadora y esquelética la sinopsis de su pensamiento sobre la realidad histórica de España que la semana pasada yo ofrecí en estas mismas páginas. En efecto, varias partes integrales de su obra y no pocos de los más importantes relieves de ella quedaron sin la menor alusión en mi sumarisimo esquema. Pero con éste yo sólo intentaba el logro de algunos objetivos muy concretos —demostrar la falsedad y la injusticia de las recientes imputaciones acerca de la calidad y las posibilidades de los españoles que usted, don Claudio, de nuevo ha hecho a don Américo; reafirmar que Castro se propuso conocer mediante documentos, no sólo literarios, contra lo que tanto se repite, la raíz más profunda de aquella realidad, y a la vez utilizar el conocimiento así obtenido como rampa de acceso a un futuro hispánico verdaderamente esperanzador; exponer la esencia de la actitud castriana ante la escasez de nuestra ciencia natural, precisamente cuando dábamos al mundo los más grandes hombres de nuestra Historia—, y creo que para tal fin era suficiente lo poco que yo dije. A lo cual, don Claudio, algo debo añadir *pro domo mea*.

Metiéndome de pasada y como al desgaire en la corriente de su alegato, dice usted textualmente que yo he aceptado «los quintillizos (de Américo Castro), sus cinco erradas caracterizaciones de España y los españoles, como, según frase popular, se aceptan los artículos de la fe». Perdón, don Claudio; pero en mi modesta, aunque ya no corta vida intelectual, creo haber dado muestras más que suficientes de no aceptar «como artículo de la fe» ninguna criatura parida por Minerva humana, aunque de ésta fuesen titulares Aristóteles o Kant, San Agustín o Santo Tomás de Aquino, o, si quiere usted nombres más próximos a nosotros, Ramón y Cajal o Xavier Zubiri. Todos los libros en que he estudiado personal y sistemáticamente un tema —la historia clínica o la esperanza humana, la realidad del otro o la amistad—, siempre han comenzado con un examen leal, sin halago y sin cicatería, asintiendo o discrepando, de todo lo que acerca del tema en cuestión dijeron cuantos en el empeño me habían precedido, y este mismo ha sido mi proceder ante el que rutinaria, preocupada o dolorosamente solemos llamar «problema de España».

Desde hace más de siete lustros me vienen pinchando el alma, como realidades pretéritas o presentes y como nunca bien resueltos problemas, muchas acuciantes cuestiones relativas a este país nuestro. Le diré algunas:

1.ª ¿Por qué desde 1815 hasta nuestros días —sin menospreciar, ni mucho menos, la gran parte que en ellas hayan tenido los ingredientes socioeconómico y sociopolítico de la existencia humana— han mostrado tan notorio carácter de «guerras de religión» las incandescentes polémicas verbales y las sangrientas contiendas armadas con que los españoles hemos intentado dirimir nuestra siempre deficiente incorporación al mundo occidental moderno?

2.ª ¿Por qué el sobresaliente ingenio de los españoles, cuando éstos han sido de verdad sobresalientes, ha dado tan pobres frutos, hasta los últimos decenios del siglo XIX, en el cultivo de las ciencias de la naturaleza y las del hombre? ¿Por qué, por ejemplo, la *Historia de la composición del cuerpo humano* de Valverde de Amusco —en calidad, el segundo tratado de Anatomía del siglo XVI, como tantas veces he dicho a mis discípulos— tuvo que ser elaborada en Italia, y allí publicada en 1556? ¿Por qué a raíz de la Guerra de la Independencia, cuando tan próximo era el todavía incipiente, pero ya estimable auge de nuestra ciencia dieciochesca, no vino el mahonés Orfila a ordenar desde Madrid la reorganización de nuestros desmantelados estudios científicos?

3.ª Lleguemos a la más rigurosa actualidad. ¿Por qué el tanto por ciento de nuestro producto nacional bruto aplicado a la ciencia es hoy tan bajo como de hecho es, y precisamente cuando el prestigio social del saber

científico ha alcanzado tan fabuloso nivel en el mundo entero? ¿Y por qué hace treinta y cinco años no fueron convocados a la tarea de reconstruir nuestra vida intelectual muchos de nuestros mejores hombres, a la sazón enteramente disponibles?

4.ª ¿Por qué siendo España, como jactanciosamente tantas veces se ha dicho, el país más católico del mundo, es en ella tan grande el fraude fiscal, sobre todo entre los ricos y poderosos, y por qué son tan poco de fiar nuestras estadísticas, cuando éstas tienen a nuestra sociedad como sujeto? ¿Por qué los españoles hicimos fracasar los gérmenes de una administración «europea» y «moderna» tan animosamente creados o fomentados por la porción más moderna y europea del alma de Felipe II?

Preguntas de este género podrían fácilmente multiplicarse. Bastan las formuladas, sin embargo, para hacer patente mi personal menester de una «teoría de España» que sin sumirme en la desesperación ante el futuro me hiciera comprensibles desde dentro todas estas punzantes realidades. Caer de nuevo en el menendezpelayismo de *La ciencia española* —alguna autoridad tengo para hablar de ella— sería como gritar en el seno del bosque sabiendo que sólo había de darnos compañía el eco de nuestra voz: una entusiasta y erudita niñería. Apelar a los viejos textos de Tito Livio y Pompeyo Trogo como claves explicativas de nuestros avatares nacionales a partir de la Reconquista, me pareció y me sigue pareciendo cosa punto menos que pueril. Bucear en los senos de nuestra Historia para descubrir y ensalzar todo lo que de «europeo» haya en ella, es sin duda cosa tan necesaria como laudable; tanto más laudable y necesaria para mí, cuanto que soy y quiero ser «español europeo», y desde lo más hondo de mi entraña hispánica ansío ver a mi vera españoles de cualquier siglo en quienes la religiosidad o la carencia de ella, el ejercicio de la inteligencia y la disposición a convivir en paz con el discrepante sean las mismas que en la mejor Europa hayan florecido; aun cuando casi siempre termine encontrando que todo lo real y verdaderamente «europeo», tal y como esta palabra es de ordinario entendida en España, empieza o acaba siendo marginado por quienes entre nosotros afirman representar mejor el patriotismo y la tradición. ¡Qué no podrían decir a tal respecto un fray Luis de León o un Jovellanos! Pues bien: no porque yo acepte verdades u opiniones humanas como artículos de la fe, sino porque en sus líneas generales, que sólo a ellas quiero atenerme, fueron convenciéndome los documentos y los razonamientos contenidos en la obra de Américo Castro, en esta obra he descubierto la posibilidad de entender con evidencia y coherencia suficientes la realidad vital e histórica a que atañen las precedentes interrogaciones, y así lo declaré paladinamente en mi librito *A qué llamamos España*.

¿Que alguno de los asertos de Castro puede o debe ser conceptual o documental matizado o rectificado? Háganlo en buena hora los doctos en la materia respectiva, y yo no tardaré en aceptar el matiz o la rectificación. ¿Que para escribir una entera y cabal historia de España habrá que añadir al torso de las intuiciones y descripciones castrianas multitud de datos tocantes a la economía, la política, la sociología, la vida religiosa, la actividad intelectual y las instituciones de nuestro país? Por supuesto. Pero mientras no se me ofrezca un esquema interpretativo de nuestra Historia para mí más convincente que el de Castro —quiero decir, más capaz de responder convincentemente a las anteriores preguntas—, con el de Castro me quedaré. ¿Acaso éste impide valorar hispánicamente todo lo que con anterioridad al nacimiento de la española hubo en nuestra península? «El pasado ibero o romano fue condición para lo que llamo España», dice textualmente Castro a cuantos no se obstinan en el empeño de combatirlo sin leerle. Ese esquema interpretativo, ¿es acaso óbice para admirar y exhibir como «nuestros» toda la grandeza de Lope y Calderón, todo el elegante esplendor escorialense del Patio de los Evangelistas, todo el enorme talento filosófico y teológico de Suárez, todo el valor de los tercios de Flan-des, todos los admirables redanos de los madrileños del Dos de Mayo y, por supuesto, toda la vallosa y conmovedora europeidad de los españoles que desde el siglo XV han querido ser plenamente hispano-europeos antes que solamente hispano-hispánicos? Por Dios, don Claudio, ¿dónde ha escrito Castro que Daoiz y Velarde vivieron desviviéndose cuando como héroes combatían junto al Parque de Montealeón? Y, por otra parte, ¿qué idea tiene usted del alma humana para no comprender que un hombre puede comportarse del modo más heroico «precisamente» por vivir así, desviviéndose, su personal instalación en el mundo?

Copio de usted mismo: «Es estúpido lanzar anatemas, hay que analizar las causas de los hechos... Todo ha cambiado y seguirá cambiando en la Historia, y ha cambiado y puede cambiar en la de España... Superemos nuestro triste ayer —lo que de triste haya en nuestro ayer, matizaría yo—, seguros de la potencialidad creadora de nuestro pueblo... No hay leyes hereditarias que decidan la vida de las comunidades históricas, ni somos prisioneros de inexorables leyes económicas que impongan rumbos al mañana. No olvidemos que la Historia es la hazaña de la libertad —de lo que esforzada y creadoramente hagamos realizando en libertad algo de lo que podemos ser, precisaría yo—, y que la libertad es la hazaña de la Historia... Apliquemos todo el potencial humano que existe en nosotros a renovar la vida hispana...». Querido don Claudio: aunque usted se resista a aceptar mi afirmación, todo esto es puro pensamiento castriano. Sí; apliquémonos a hacer como españoles en este azorante nivel de la Historia universal, y justamente en él, no instalados sobre chinchines acerca de nuestro pretérito o sobre interesadas deformaciones de nuestra verdadera realidad, lo más y lo mejor que nos sea posible: formas de convivencia civil en las que se alíen la libertad y la justicia, buena filosofía, buena lite-

(Sigue en la pág. 9)

## MUNDO NUESTRO

(Viene de la pág. 7)

ratura, ciencia de verdad —toda la ciencia, repetiré de nuevo mi fórmula, exigible a un país europeo de treinta y cinco millones de habitantes—, técnica cuyos artefactos no se rompan pronto, estadísticas económicas y sociales dignas de crédito. Hagamos todo esto, sí, después de haber entendido bien por qué hasta ahora no lo hemos hecho en medida realmente satisfactoria. Y mien-

tras tanto, don Claudio, permítame desear con toda mi alma que en usted no pueda ver nadie —unos, sus verdaderos amigos, con íntima pena; otros, sus amigos de ocasión, con visible refocilo— un terco alanceador de republicanos muertos. Esa sería en usted, me atrevo a pensar, la mejor manera de vivir enteramente fiel a sí mismo. ■